

Importa distinguir entre estos tres tipos de altruismo porque los costos y los beneficios de cada uno de ellos son diferentes, y porque tienen una historia evolutiva también diferente.

Examinemos ahora los datos empíricos a nuestra disposición para averiguar si los niños pequeños y sus parientes más cercanos entre los primates son proclives a alguno de estos tipos de altruismo y, si lo son, cómo lo manifiestan.

AYUDAR

El fenómeno básico es muy simple. Un grupo de infantes que tienen entre 14 y 18 meses se ven frente a un adulto que no es pariente suyo y que acaban de conocer. Ese adulto tiene algún problema trivial y los infantes lo ayudan a resolverlo: puede tratarse de cualquier acción, como acercarle objetos que están fuera de su alcance o abrirle las puertas de un armario si el adulto tiene las manos ocupadas. En uno de los estudios realizados, se hizo un ensayo con veinticuatro infantes de 18 meses, veintidós de los cuales ofrecieron ayuda por lo menos una vez y en general lo hicieron de manera inmediata.^[2]

Para cada una de las situaciones planteadas hay una condición de control específica. Por ejemplo, en lugar de que el broche para tender la ropa se le caiga por accidente, el adulto lo lanza al piso a propósito. O bien, en lugar de chocar contra el armario con las manos llenas, tropieza con él mientras intenta hacer alguna otra actividad. En estos últimos casos, los niños no hacen nada, lo que indica que en la situación anterior no actuaban porque les gusta levantar broches o abrir armarios.

Por otro lado, los infantes brindan ayuda de maneras notablemente diversas. En el estudio que acabo de mencionar, ayudaron al adulto a resolver cuatro tipos distintos de problemas: le acercaron objetos que estaban fuera de su alcance, apartaron obstáculos, corrigieron un error que había cometido y le eligieron el medio comportamental más apropiado para llevar a cabo una tarea. Todos los escenarios propuestos eran novedosos para los infantes, al menos en sus detalles. Para ayudar a otros con tanta flexibilidad, es necesario, en primer lugar, que los infantes sean capaces de percibir las metas de otros en una diversidad de situaciones y, en segundo lugar, que tengan la motivación altruista de ayudarlos.

Hay cinco razones para suponer que ayudar a otros en la resolución de problemas físicos simples como los descriptos es un comportamiento que surge naturalmente en los seres humanos. La primera es que ese comportamiento aparece relativamente temprano: entre los 14 y los 18 meses, antes de que la mayoría de los progenitores hayan mostrado expectativas serias de que los niños se comporten con sentido social, y mucho antes de que hayan procurado inculcarles ese tipo de conducta. Con todo, se trata de una cuestión debatible, puesto que, durante su primer año de vida, los niños han visto sin duda que los adultos se ayudan entre sí.

La segunda razón es que los premios y los elogios de los padres no parecen influir sobre el comportamiento de los niños. En nuestra investigación con niños de 1 año de edad, les dimos un premio cada vez que ayudaban, y en cada nuevo ensayo el adulto involucrado tenía en sus manos un premio perfectamente visible. Sin embargo, ninguno de los dos incentivos afectó la conducta de los niños.^[3] En otro estudio que todavía está en curso, Warneken y yo dimos a los infantes la oportunidad de ofrecer ayuda espontáneamente, o bien de hacerlo cuando la madre estaba presente y los alentaba a hacerlo. Un toque de atención para los padres: las palabras alentadoras de la madre no modificaron en nada la conducta de los niños; en todos los casos, se mostraron igualmente dispuestos a ayudar (o no) cuando los incitaban a hacerlo y cuando no. Vale la pena consignar que

en esos estudios, los infantes se mostraron tan proclives a ayudar que fue necesario incluir una actividad distractiva durante la cual surgía la oportunidad de ayudar: así, se pudo mantener la ayuda en un nivel suficientemente bajo que nos permitiera observar las potenciales diferencias. Así y todo, en la gran mayoría de los casos, los niños abandonaron la diversión —pagaron un precio— para ayudar al adulto en dificultades.

Cuando hay premios, la situación que se plantea es aun más interesante. En un reciente estudio de etapas múltiples,[4] les dimos a niños de 20 meses diversas oportunidades de ayudar. Algunos de ellos recibieron una recompensa concreta cada vez que brindaban ayuda: un juguete pequeño que les permitía producir un efecto excitante que les encantaba. Otros niños no recibieron recompensa alguna, ni siquiera una sonrisa ni una palabra de agradecimiento por parte del adulto, quien aceptaba la ayuda sin mostrar ninguna reacción. La mayoría de los niños brindaron ayuda en cinco ocasiones distintas, y los que lo hicieron participaron en la segunda etapa del estudio, en la cual tuvieron oportunidad de ayudar varias veces más. No obstante, en la segunda etapa el adulto involucrado no recompensó a ninguno de los niños. Los resultados fueron sorprendentes: los niños que habían recibido cinco recompensas en la primera etapa ofrecieron *menos* ayuda que los otros durante la segunda etapa.

Ese “efecto de sobrejustificación” fue registrado por el psicólogo de Stanford Mark Lepper y otros investigadores en distintos ámbitos de actividad; la opinión general es que indica que la motivación intrínseca determina el comportamiento. En el caso de actividades intrínsecamente gratificantes, las recompensas externas socavan la motivación interna: el incentivo se desplaza a factores extrínsecos. Ahora bien, si una actividad ya fue motivada por incentivos externos, no debería verse afectada por este fenómeno ante la aparición de nuevos incentivos. Así, las recompensas concretas no sólo no fomentan la colaboración de los niños sino que la reducen.

La tercera razón para pensar que los infantes no brindan ayuda simplemente porque quieran una recompensa, ni tampoco porque procuren complacer a los padres es que los chimpancés muestran el mismo comportamiento. Warneken y yo presentamos la misma batería de diez tareas del estudio original a tres chimpancés criados por seres humanos. Si bien no colaboraron en otras tareas, los tres ayudaron a individuos humanos acercándoles objetos que estaban fuera de su alcance (y no lo hicieron en las condiciones de control).[5]

Somos perfectamente conscientes de que pueden existir muchas razones para que los chimpancés criados por seres humanos los ayuden, pues, al fin y al cabo, esos individuos controlan su mundo. Por ese motivo, en otra investigación presentamos a chimpancés criados por sus madres la oportunidad de ayudarse entre sí. En la situación de estudio, uno de los chimpancés observaba mientras otro luchaba por abrir una puerta que daba a otro cuarto. El mono que observaba sabía por experiencia propia que se podía abrir la puerta retirando un perno. Para sorpresa nuestra, los chimpancés que observaban la situación retiraron el perno y ayudaron a su compañero para que pudiera ingresar a la otra habitación. No había indicio alguno de que esperaran una recompensa. Además, no se comportaron así en dos situaciones de control, en las cuales el compañero no intentaba ingresar al cuarto de esa manera.[6] La cuestión que interesa para nuestra argumentación aquí es que, si nuestros parientes más próximos entre los primates —incluso aquellos cuyo contacto previo con seres humanos fue mínimo— tienen actitudes de colaboración similares a las nuestras, esa circunstancia es una prueba de que el comportamiento altruista de los seres humanos no es producto del ambiente cultural que nos caracteriza.

Haré una breve mención de la cuarta razón a favor de este argumento porque los datos recogidos hasta ahora no han sido analizados con minucia. En otra investigación, se comprobó que los niños de culturas más tradicionales —que se desarrollan con una intervención paterna mucho menor— brindan ayuda en las mismas situaciones y más o menos a la misma edad en que lo hacen los niños occidentales de clase media estudiados por nosotros.

Veamos por último la quinta razón. Se ha comprobado en una investigación reciente que la actitud de ayuda de los niños está mediada por el interés empático. En la situación estudiada, había un grupo de infantes cuyas edades estaban comprendidas entre 18 y 24 meses. Los niños observaban que un individuo adulto se apropiaba de un dibujo en el que había estado trabajando otra persona adulta, y que lo rasgaba intencionalmente. Apenas veían lo sucedido, los niños miraban a la víctima (que no expresaba emoción alguna) con una expresión en el rostro que podía calificarse sin duda casi como de “preocupación”. Aclaro lo dicho: mostraban esa expresión mucho más intensamente que en una situación de control, en la que el agresor tomaba un papel en blanco situado frente al primer adulto y lo rompía. En una situación similar, se le arrebatava un juguete a un adulto que actuaba como víctima o individuo de control. Y aquí viene lo más interesante para nuestra argumentación: inmediatamente después, se daba a los niños de los dos grupos la oportunidad de ayudar a la víctima o al individuo de control. El resultado fue que los niños ayudaban a la víctima con mayor frecuencia que al individuo de control. Significativamente, los infantes que miraban a la víctima con más preocupación cuando le rompían su dibujo fueron los que manifestaron más inclinación por ayudar.^[7] Todo lo dicho sugiere que las naturales reacciones de simpatía o empatía de los infantes ante las tribulaciones de la víctima afectaban su tendencia a ayudar. Diríamos, entonces, que lo que mueve a los niños para ayudar no son los incentivos externos sino ese “interés” por el otro.

Por esas cinco razones —manifestación temprana, indiferencia ante las actitudes de estímulo y reducción de la colaboración cuando hay incentivos externos, hondas raíces evolutivas que se observan en los grandes simios, uniformidad a través de distintas culturas y origen en las reacciones de simpatía— creemos que la temprana inclinación por ayudar que muestran los niños no es producto de la cultura ni de las prácticas de socialización paternas. Por el contrario, es una inclinación natural por comprender la situación de otros cuando están en dificultades. Investigaciones llevadas a cabo en otros laboratorios respaldan esta conclusión: incluso los infantes de menos de 1 año de edad distinguen a los agentes que ayudan de los que no lo hacen.^[8]

INFORMAR

Aunque los jóvenes chimpancés y los niños se ayudan entre sí en determinadas situaciones, hay una forma particular de ayuda que sólo los niños practican: dar información que es necesaria para otro. Es importante advertir que el acto de proporcionar información no depende del lenguaje. A una edad tan tierna como los 12 meses, los infantes humanos brindan información prelingüística señalando. Ni los chimpancés ni otros grandes simios señalan cosas para llamar la atención de sus compañeros y, como intentaré demostrar, no utilizan ningún otro medio de comunicación para ofrecer datos que pueden ser de ayuda para sus semejantes.

En una situación de laboratorio, infantes prelingüísticos de 12 meses de edad observan a una persona dedicada a una actividad propia de adultos, como abrochar papeles con una máquina. Al mismo tiempo, el adulto también manipula otro objeto. Luego, se va de la habitación y otro adulto entra y coloca los dos objetos en un estante. Más tarde, vuelve la primera persona con algunos papeles en la mano, pronta para seguir abrochándolos. Pero no encuentra la abrochadora sobre la mesa, hecho que pone de manifiesto con gestos de interrogación aunque no pronuncia ninguna palabra. Como ocurría en las experiencias de ayuda instrumental, los infantes advirtieron el problema y sintieron el impulso de ayudar, cosa que la mayoría hizo señalando el lugar donde estaba